
La utopía quijotesca*

Raúl H. Mora Lomelí, S.J.**



*Las utopías parecen mucho más realizables
de lo que se creía antes.*

*Y nos encontramos actualmente ante
una pregunta mucho más angustiante:
¿Cómo evitar su realización definitiva..?*

*Las utopías son realizables.
La vida marcha hacia las utopías.
Y tal vez comienza un nuevo siglo,
en el que los intelectuales
y la clase cultivada mirarán de nuevo
los medios para evitar las utopías
y volver a una sociedad no utópica,
menos “perfecta” y más libre.*

Nicolas Berdiaeff (1874-1948)

Utopía es una palabra griega —*ou/topia*— que literalmente significa “lo que no tiene lugar”. No existe como tal. Pero sí tiene un triple dinamismo que nos agujonea y empuja para que este nuestro lugar, nuestra tierra, nuestra sociedad y nuestra vida sean, si no perfectas, sí mejores y más libres.

La formulación de esta palabra se atribuye a Tomás Moro (1478-1535), quien en 1516 con su libro titulado *Utopia*, y escrito en latín, describe un país imaginario en el que un gobierno ideal reina y sirve a un pueblo feliz. En él pinta con seriedad y humorismo los vicios de la sociedad que le rodea —bajo el gobierno de Enrique VIII de Inglaterra— y propone las virtudes de una república ideal y de un comunismo pacífico, tolerante.

Platón, fecundo heredero del gran maestro de la juventud que fue Sócrates, había propuesto ya con su *República* el proyecto y programa para que su mundo griego gozara del bienestar fundado en la justicia. La clave, para él, era la aristocracia, con la que no aludía, como se hizo siglos más tarde, a los nobles, los privilegiados que por naci-

miento se heredan el poder. Para Platón la *aristocracia* denotaba el poder de los mejores, en cuanto se presupone que son los más virtuosos.

Francois Fénelon, prelado y escritor francés (1651-1715), casi un siglo después de Tomás Moro, con sus *Aventuras de Telémaco*, como preceptor del duque de Bourgogne, propone el papel y las funciones que debe desempeñar cada clase social para una convivencia gozosa y pacífica. Sin cuestionar a la monarquía hereditaria, se esfuerza sin embargo por todos los medios en moderar su poder al imaginar a un rey movido siempre por la justicia y lleno de amor a su pueblo. Sugiere ya, en el campo económico, restringir las industrias de lujo y desarrollar la agricultura y el comercio exterior. Opuesto a toda guerra para ganar prestigio y dominio sobre otros pueblos, mira en las relaciones diplomáticas el camino para asegurar la paz de la propia tierra. *Telémaco* se convirtió por más de un siglo en el manual de educación juvenil e influyó mucho en la promoción de las llamadas “virtudes francesas”: progreso pacífico, derechos humanos, paz universal, igualdad natural, fraternidad.

Nunca se ha realizado en la historia tal proyecto, al menos no de una manera permanente y definitiva. El proyecto apostólico con que los jesuitas crearon las Reducciones del Paraguay, revividas por la película *La misión*, fueron, dicen no pocos,

* Conferencia dictada en la Semana de Comunicación, organizada por el Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO, con el título original de “Utopía y comunicación social”, en febrero de 2001.

** Doctor en letras, profesor en la Maestría y Licenciatura en Comunicación del ITESO.

◆LA CULTURA EN RENGLONES

el mejor intento de dar forma histórica al ideal de la utopía. Sin embargo, todo quedó destruido cuando Carlos III expulsó del Nuevo Mundo a los miembros de la Compañía de Jesús. Jean Paul Sartre, en su obra teatral *El diablo y el buen dios*, nos hace vivir por un tiempo en una aldea donde todos se miran como hermanos. Pero con el personaje central, Goets, descubre que ser feliz en un reducto de pocos frente a la miseria y la guerra que destruyen la vida más allá de las murallas artificiales egoístamente construidas, anula toda utopía y se convierte en refugio cobarde. Víctor Hugo va más allá: las “virtudes francesas” son, piensa él, ilusiones, quimeras, locuras. De ahí que a los utópicos se le haya tenido como soñadores que viven fuera de la realidad.

No se ha realizado la utopía. Pero sí han influido aun en nuestros tiempos tres dinamismos que la obra renacentista de Tomás Moro mantiene vivos: primero, un dinamismo crítico; segundo, un dinamismo heurístico, que significa de búsqueda y

encuentro, y tercero, un dinamismo orientador. En cada uno de ellos la referencia es siempre la realidad que somos y vivimos personal y colectivamente, no la irrealidad o la quimera.

Tener la osadía de imaginar un mundo feliz lleva, ante todo, a mirar de frente la situación vigente y señalar las relaciones, leyes, y expresiones que niegan tal ideal e impiden o pueden encaminarnos hacia su realización. Dinamismo crítico éste que no es simplemente de condena sino de valoración, de examen, de discernimiento, dirían poco tiempo después los discípulos de Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús en 1539. Con tal dinamismo se mira de frente lo que somos y lo que sufrimos, y todo aquello que impide o posibilita la plena realización humana, personal y comunitaria.

El dinamismo heurístico agujereña para buscar y encontrar cómo superar lo que nos impide vivir en una sociedad como la deseada y cuáles pueden ser los medios para encaminarnos hacia ella.



Sin título, óleo sobre madera, 12 x 17 cm, 1998.

El dinamismo orientador nos mantiene en permanente alerta para guiar nuestras relaciones personales e institucionales para diseñar, proponer y trabajar a fin de que, en la medida de lo que los humanos podemos, vayamos superando los mecanismos de muerte y afirmando la vida en libertad amorosa.

Esto se anhela porque el origen y el fundamento de lo que todavía no tiene lugar es la esperanza, nacida del amor.

Origen y fundamento de la utopía: rehacer cada día la esperanza tras la locura quijotesca

Esperar contra toda desesperanza no sólo es el dinamismo que el Señor restableció en el corazón desilusionado de aquel par de amigos que, tras la crucifixión, dejaron Jerusalén y buscaron refugio en Emaús. Es la actitud que todo ser humano renueva, a pesar de todo, por el hecho mismo de dejar su sueño —tantas veces comparado con la muerte— y despertarse a una mañana nueva.

Tal esperanza se traduce en el trabajo por el pan de cada día, la lucha contra la enfermedad que nos aqueja, el estudio para desarrollar los propios talentos y superar las ignorancias, en el grito y la batalla contra la opresión, la miseria y la injusticia. Tal esperanza nos lleva a dar y recibir la mano amiga que necesitamos para salir del hoyo y continuar en lo comenzado.

Con tal esperanza se hermanan los miembros de toda comunidad familiar y étnica en la afirmación de la propia manera de sentir, imaginar, pensar, simbolizar, compartir y celebrar la vida: ella es la que defiende y actualiza la cultura que nos da identidad y nos pone en capacidad de dialogar con los que son diferentes.

Espera el pobre, el banquero, lo mismo que el sano y el enfermo, el encarcelado y el libre, el hombre y la mujer, el adolescente y el anciano, el creyente y el agnóstico. En la paz y en la guerra está presente la esperanza. Todo con un mismo anhelo: vencer la muerte misma. *Non omnis moriar*: No moriré del todo, cantó Horacio hace siglos a nombre de todos, poco antes de que la resurrección fuera, con los cristianos, la certeza de alcanzar lo inalcanzable.

Por eso se busca que tenga lugar en la tierra y en la sociedad lo que todavía no lo tiene. Por la esperanza nació la Utopía: país y sociedad donde un gobierno ideal sirve a un pueblo feliz.

“Comunica, Señor, al rey tu justicia”, suplicó el salmista. No sólo al heredero de David. Sí a todo gobernante, repetimos hoy todavía con nuestra plegaria. Porque con esa justicia nos ponemos en camino de que el opresor deje de serlo y el pobre goce de la libertad. Cuando la justicia orienta la ley y se convierte en el criterio fecundo de discernimiento en el ejecutivo.

“Abundancia de trigo habrá en la tierra, que cubrirá la cima de los cerros”. Sin acaparadores ni “ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres”, como nos enseñó la expresión más fuerte de toda la doctrina social de la iglesia. Diseño éste de un proyecto de vida que hace eco a lo que Isaías proclamó:

Ya no se oirán, en adelante, sollozos de tristeza ni gritos de angustia, ni habrá más, allí, recién nacidos que apenas vivan algunos días, o viejos que no vivan largos años, pues morir a los cien años será morir joven y no llegar a los cien será tenido como una maldición.

Harán sus casas y vivirán en ellas, plantarán viñas y comerán sus frutos. Ya no edificarán para que otro venga a vivir, ni plantarán para alimentar a otros [...] No trabajarán inútilmente ni tendrán hijos destinados a la matanza.

Porque en aquella cultura pastoril, “el lobo pastará junto con el cordero”. Pura poesía todo eso, gritan hoy todavía no pocos de los que han apostado a la productividad a toda costa. Por supuesto, a costa de las mayorías empobrecidas y despojadas de su tierra, de su cultura y de su vida.

Para renovarnos en la esperanza que mira más allá de la realidad presente y prepara operativamente el futuro deseado, compartimos algo de la experiencia que, desde la literatura, nos ha provocado Miguel de Cervantes. Humorista creyente de la utopía, porque en su búsqueda apostó porque tenga lugar en la tierra y en nuestros tiempos lo que parece imposible.

¿Por qué acudir a la literatura si es “pura mariconería”, como repite alguien en su resistencia a sentir y gustar internamente la palabra humana? ¿Para qué si, con más sentido del humor, un sabio médico oaxaqueño afirmaba en su juventud que “lo que lleva al éxito es ciencia; lo demás es literatura”? “La literatura no sirve para nada”, prevengo a mis alumnos año tras año.

Precisamente por eso nos invitamos a rehacer cada día la esperanza por medio de la palabra humana con que nos decimos lo que amamos: por-

que frente a la eficacia y la eficiencia postuladas como la clave única del progreso humano y social, la gratuidad nos abre otros caminos para la reconstrucción como tarea de todos. Y gratuito es el símbolo verbal con que los escritores nos dicen su experiencia más íntima.

Bien lo entendió el Patriarca en su otoño —testigo, Gabriel García Márquez—, cuando concedió amnistía a todos los presos políticos y autorizó el regreso de los desterrados, “salvo los hombres de letras [...], éstos tienen fiebre en los cañones cuando como los gallos están empujando, de modo que no sirven para nada sino cuando sirven para algo: son peores que los políticos, peores que los curas, imagínese”.

“Desfacer entuertos” es la consigna del “caballero de la triste figura”. Y a lo largo de las locas y absurdas aventuras en que por ello se mete, tal tarea se va convirtiendo en “ayudar a los menesterosos”, dar libertad a los cautivos, rescatar a la doncella robada, volver por la honra de las mujeres injuriadas, favorecer a los huérfanos, restablecer la justicia.

Para lograrlo, propone don Quijote, hay que quitar de la tierra la mala simiente, despojar las sierras de ladrones, evitar que los hombres honrados sean verdugos de otros hombres. Sólo así será posible establecer o restablecer, en los tiempos del hierro y de la decadencia, la “edad dorada”, llamada así, comenta, “no porque el oro, tan codiciado en esta nuestra edad, se alcanzara sin fatiga, sino porque entonces no había —ni habrá más— tuyo y mío”. “Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes”.

Muy lejos estaba Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) al escribir en 1605 la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, y al publicar diez años después la segunda, de imaginar el comunismo de nuestro pasado siglo XX. Su contexto era el de la defensa contra los turcos y la batalla de Lepanto, su contexto era el del despojo —“conquista”— de las tierras de América y de la Santa Hermandad. Época en que la hermandad, en estas tierras nuestras, con los verdaderos evangelizadores, recobraba su sentido original, porque Dios es Padre. “Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta su justicia”, proclama el de la “triste figura”, agradecido por tal misión. Los caballeros ponen en ejecución lo que los religiosos, “con toda paz y sosiego” piden al cielo: “el bien de la tierra”.

Por eso mismo quien asume tal proyecto, sigue planteando el soñador caballero, no debe mirar a los menesterosos sino como menesterosos, lo sean por culpa propia o ajena: “Ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentra por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas, o por sus gracias; sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías”.

Con toda razón se ve que aquel tranquilo hidalgo, don Alonso Quijada, Quesada o Quejana, a sus cincuenta años, se volvió loco. Ese es su “humor”, dice el texto mismo, en el sentido de índole y talante demostrados externamente. Dolorosa y caricaturescamente, a lo largo de los primeros cincuenta y dos capítulos de la famosa novela ninguna de las aventuras vividas por el “caballero de la triste figura” termina con la libertad, la justicia, el honor que busca restablecer. En su lugar abundan los golpes, los destrozos, las persecuciones, las heridas y el volver enjaulado él mismo a su tierra natal. Más de una vez el resultado de la ayuda pretendida fue empeorar la situación. Así, el muchacho Andrés, a quien don Quijote vio atado a un árbol y a quien defendió de los azotes de su amo, a la postre fue más vapuleado, por eso, no sin razón, suplica enojado:

Por amor a Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor que la que me vendrá con su ayuda de su merced, a quien Dios maldiga, y a tantos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Por loco lo tienen los personajes todos que lo encuentran en la venta, en los caminos o en el ayuno de la Sierra Morena. Por loco lo tiene el imaginado autor que inspira la obra, Cide Hamete Benengeli, historiador “arábigo” que, según la época, es sinónimo de “mentiroso”. Por loco lo tenemos, por supuesto, los lectores.

Pero todos reímos. Algunos, por burla y con desprecio. Otros, por la capacidad de reírse de lo que aman sin dejar de amarlo: sentido el más pleno del “humor”. Como logra hacerlo Sancho Panza. Como lo hace Miguel de Cervantes mismo, al subrayar como narrador lo ridículo —palabra cuya raíz es reír— en cada encuentro de la lucha quijotesca por un mundo nuevo. Reír con amor

porque a la larga don Quijote enamora y, al final, ¿quién no llora su muerte?

Este sentido del humor es explícito en la obra con cada refrán de Sancho y su sabia mirada de la realidad. El humor se acrecienta cada vez que el cura y el barbero se meten a quemar y condenar los libros de caballería que, lejos de imitar a la fábula que divierte e instruye, sólo divierten y encaminan a locuras, a juicio de los incendiarios censores. Aunque ambos se muestran instruidos al revelar que lo han leído todo. La misma amorosa sonrisa deja traducir Miguel de Cervantes en los sonetos y demás poemas que, como prólogo, antepone al primer capítulo de la obra y con los que llora ante la tumba de don Quijote, de Sancho Panza y de Rocinante al final de la primera parte.

Por si la figura misma del “caballero de la triste figura” no bastara para suscitar la simpatía y el cariño, con qué tino van intercaladas las pequeñas joyas literarias de los enamorados que, con ocasión o sin ella, llenan la novela entera: Grisóstomo, Marcela, Luscinda, Cardenio, Dorotea, Fernando, Anselmo, Lotario, Camila, Zoraida, El Cautivo, Clara, Luis el mozo de mulas... han pasado ya a la historia de los enamorados, en “las consejas aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego”.

Con gran pertinencia, Américo Castro, en su prólogo a esta obra de Cervantes, en 1960, invita a leer la novela desde la perspectiva que la obra plantea: “El ser como un *hacerse* y como *valía*”. Don Quijote confiesa, de entrada: “Yo sé quién soy y sé qué puedo ser”. Reconoce ser simplemente el honrado hidalgo del señor Quijana. Pero puede ser más que los Doce Pares de Francia y los Nueve de la Fama. Para lograrlo y descubrir así lo que puede hacer jugará la aventura de convertirse sucesivamente en caballero andante, en caballero aventurero hasta ser lo que Sancho le da como bautizo definitivo: el “caballero de la triste figura”. Por su atuendo y su flacura y, más todavía, porque nadie le cree ni puede creerle que pueda deshacer entuerto alguno.

Loco es —y puede seguir siéndolo— mientras confunda el rebaño con un ejército y los molinos de viento con unos gigantes enemigos de la paz. Largo será su camino y todo saldrá mal mientras sus luchas sean contra lo que imagina en su quimera y no contra la realidad como es. Porque ésta, en tal situación, quedará no sólo idéntica en su necedad sino más empobrecida y maltrecha. Loco

y desviado es —y podrá seguir siéndolo— mientras su anhelo sea emular la fama para enaltecer con ella a su dama, ganarse así sus favores y pasar a la inmortalidad. A pesar de ello, nunca es ni podrá ser un desquiciado porque sea locura su decisión de hacer justicia al pobre, ni por la esperanza que renueva en cada aventura y en cada nuevo aprendizaje.

¿Logra siquiera alguna vez que su propósito sea realidad transformada? La vigorosa obra de teatro, más que la difundida película, *El hombre de La Mancha*, nos dijo que sí lo logró, por haber hecho de la Aldonza ultrajada una Dulcinea amorosa y respetada.

En la novela, fuera de las ilusiones con que don Quijote la hizo sin igual princesa y fuente de su ánimo y de su valía y valentía, sólo una vez aparece la moza aldeana: “y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata”. Por “encantamiento”, le explicará Sancho. Pero aun así, en su realidad de aldeana, asumida como tal por don Quijote cuando parece que va recobrando la cordura, la tiene siempre como digna de su amor e inspiradora en la batalla por “dar de comer al hambriento y de beber al sediento”.

Porque en esto se va convirtiendo, a lo largo de la segunda parte, la esperanza del caballero por un mundo justo y sin verdugos, cada vez más capaz de ver la realidad como es y como ahora se la presentan otros locos amantes de la burla.

Tras la imaginación con que el caballero va sublimando a su dama opera, sin duda, la locura con que Cervantes nos lo hace mirar. Pero en esa misma creación ilusionada nos descubre un innegable dinamismo humano de todo aquel que intenta deshacer el mal e impulsar el bien: sólo un gran amor, por el que se apuesta todo, es capaz de sostenernos en la lucha diaria y en la certeza de que no todo está perdido. Por el amor —en medio de la triste y limitada condición humana— podemos resistir las tentaciones, como las que sufre don Quijote en sus caminatas por los pueblos y en los supuestos castillos. Esta realidad es la que enfrentamos todos. Sin amor no hay esperanza. Con el amor todo se puede esperar.

Más que el cambio ficticio de Aldonza —aunque nada tiene de ficticio el amor a la persona que nos inspira—, hay en esta novela sobre el hidalgo de La Mancha un menesteroso que sí encuentra la verdadera riqueza, un despreciado que sí alcanza la libertad y proclama su dignidad, un empobrecido que descubre la perla por la que se vende todo.

Ése es precisamente Sancho Panza, el escudero, enamorado también y aventurero.

“Bellaco”, “mentecato”, “necio”, le grita más de una vez don Quijote a Sancho. Con la misma prisa con que el caballero demente grita “ladrón, malandrín, follón” a su imaginado enemigo, el gigante de los cueros de vino. Los insultos le salen tan espontáneos como brota en nuestra cultura clasista el “indio patarrajada”. Pero tras cada uno de sus arranques de enojo viene la reconciliación y aun la ternura con que el valeroso caballero, lo llama “Sancho amigo” y lo tiene por “hermano”.

Éste se contagia, con el amo, de sus ambiciones: no por la fama, sí por la promesa de un condado con el que podrá salir de la pobreza. Loco parece él también al pedir ayuda contra el gigante enemigo de la señora princesa Micomicona. Más mal parado que el muchacho Andrés quedó en la venta y en las aventuras por liberar a los galeotes. Más empobrecido se llora al perder hasta su asno.

Pero también ama, a Teresa Panza, su mujer, y a Sanchica, su hija, y a su perdido y encontrado rucio. Pero cada vez más a su señor, el de la “triste figura”. Espontáneo en el hablar, más espontáneo es al llorar. Llanto, el más tierno, por el caballero cuando lo ve herido o lo supone muerto.

Con hondo sentido de la realidad, hasta sabe darle a don Quijote por donde sabe que él quiere ir, inventando situaciones que lo saquen del apuro. Gracias a eso se alivia de su ambición y se acepta en su ignorancia, su penuria y su sencillez.

De este hombre del pueblo, verdadero pueblo, el “caballero de la triste figura” logró hacer el más sabio gobernador. Esta nueva locura, inventada no por don Quijote, sino por los que de él y del labriego escudero se ríen, da pie a los más profundos capítulos de la novela: los consejos del caballero a su escudero, la sabia justicia con que Sancho dirime peticiones, ordena impuestos, dirige la isla, defiende a los injuriados, perdona al culpable corregido, admira a sus mismos burladores.

La plegaria “Señor, da tu justicia a Sancho” fue cabalmente cumplida: “Flor y espejo de todos los insulanos gobernadores”. Con qué orgullo puede proclamar a la postre: “sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores”. Sus “Constituciones” fueron en la aventura narrada y son todavía en nuestros días un sabio y aqilutado manual de

buen gobierno, con el que los ricos ya no se enriquecen a costa de los pobres porque todos ayudan al menesteroso.

Efímero gobierno y pura novela. Sí, pero duradero y cabal ejemplo de lo que sí es posible: esperar que un hombre del pueblo, otro Sancho amigo, sea el gobernante ideal que sirve a un pueblo feliz. Porque la justicia y la libertad orientan su servicio y le dan el criterio para discernir lo que conviene en cada situación, sin ambición personal o partidista alguna. Sin dictadura siquiera “del proletariado”, porque no cabe dictadura de ninguna especie.

Utopía, la del “caballero de la triste figura” y su escudero Sancho Panza, que impulsa a renovar la esperanza de que llegue esto a ser verdad también en nuestros días y no sólo en la literatura. “Yo sé quién soy y sé qué puedo ser” nos grita hoy con vigorosa razón y apasionado amor el indígena humillado por siglos. Por su causa nos convoca a todos, en la defensa de la vida y de su cultura: “porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece”, afirma Alonso Quijano el Bueno.

Perdóname, Sancho amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay!— respondió Sancho llorando— No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía.

Murió don Quijote y quemaron todos los libros de caballería. Pero ¿murió de verdad y se quemó su anhelo de “desfacer entuertos”? La pintura, el ballet, la escultura, la música, el trabajo artesanal, innumerables proyectos de sociedad quijotescos lo mantienen vivo en el mundo entero. Porque la posibilidad de que la justicia y la paz se fundan en un solo abrazo no puede morir.

Por eso renovamos cada día la esperanza. No de que todos releamos diario este libro sin fronteras. Sí la esperanza de que, venciendo el pudor, sepamos recoger amorosamente en la palabra y el trabajo humano, la sabiduría de los más menesterosos y su sed de justicia: anhelo del Reino que fundamenta y orienta nuestra esperanza cada día. ◆